
CONFERENCIA VI.

EL PAPA.

Todo papa debe ser un santo; condicion fundamental del papado.—¿Llena la Santa Sede ésta condicion?—La desigualdad de espíritu entre Roma y los Bárbaros, una de las causas de la supremacia espiritual del papado.—La Iglesia ha cambiado de formas, como los gobiernos temporales.—La ambicion de Gregorio VII no es bastante grande para nuestra edad.—¿Porqué?—Gregorio VII hace nacer de un crimen ó de un fraude to los los poderes políticos.—Su verdadera grandeza.—Gregorio VII, antecesor de la Revolucion francesa.—Terrorismo moral.—Un noventa y tres espiritual.—Principios idénticos de la Santa Sede en el siglo XI y de la Convencion: que los emperadores y los reyes son vasallos del espíritu. El derecho de anatema es inherente á la constitucion del mundo cristiano.—¿Quién fulmina el anatema en el mundo moderno?

Hay un milagro por 'excelencia; consiste en la aparicion de una idea nueva en el mundo: basta ser hombre para haber asistido á este prodigio, puesto que no hay nadie á quien no sea dado descubrir alguno de los detalles infinitos de la verdad. En el momento en que nuestro es-

piritu languidece nos asalta un pensamiento: ¿dónde estaba hace un instante esa idea que aun no habia aparecido en la tierra? ¿De qué cielo ha caido? Nos molestaríamos inútilmente en averiguarlo; la sentimos, la poseemos é ignoramos siempre el camino que ha seguido, igualmente incapaces para anticiparla que para alejarla de nosotros. Esa influencia espontánea de lo verdadero señala la presencia de Dios en el espíritu: y lo que sucede al individuo, acontece con el mundo. Tal pueblo se despierta sobresaltado por una idea que sus padres no han conocido: se levanta, se siente renovado por la efusion de un pensamiento surgido de los desconocidos abismos de la inteligencia. Cuanto más henchida está una nación de estas ideas espontáneas, que caen del cielo, como una lluvia de justicia, más sagrada es su historia.

En medio de este milagro perpétuo, miro una institucion, el papado, que, sóla, en el aislamiento, asentándose fuera del tiempo, se lisonjea de no haber adquirido ni perdido nada con los años, de haber pensado siempre sobre todo lo que piensa hoy, de no haber experimentado nunca la explosion instantánea de una idea virgen, ni conocido ninguna de esas revoluciones que transfiguran á un individuo, á un pueblo. Seamos imparciales hasta la prodigalidad; seamos más liberales con el papado que lo es él para consigo mismo, mostrando que tambien ha vivido, que se ha trasformado, que se ha desenvuelto,

que ha corrido en sus venas la sangre de los vivos, que la llama espontánea del espíritu ha brillado durante siglos en su frente sin arrugas, que, en una palabra, no ha sido siempre el viejo centenario del Vaticano moderno.

Mr. de Maistre, con el tono imperativo que le distingue, cree resolverlo todo cuando dice: «Si hay algo evidente para la razon lo mismo que para la fé, es que la Iglesia universal es una monarquía.» Que tal haya llegado á ser, y la más absoluta de todas, no es, en efecto, dudoso. Pero ¿era ántes, ha sido siempre lo que es ahora? Atribuir á los papas de los primeros siglos la supremacia espiritual de la Roma moderna equivale á dar al reinado de Chilperico las formas y el poder de Luis XIV.

¿En dónde estaba esa dictadura del papado en los cuatro primeros siglos, cuando el pensamiento del Cristianismo se desenvolvía en los concilios, en todas partes menos en Roma, cuando Antioquía, Alejandría, Constantinopla eran alternativamente la capital del dogma, cuando pertenecía al pueblo la eleccion de los sacerdotes, de los obispos, cuando en su primer latido la vida religiosa brotaba espontáneamente del fondo de la antigüedad regenerada? Si alguien hubiese anunciado á aquellas asambleas, á aquellos *comunes* que tenian un gefe absoluto, un rey espiritual en el obispo de Roma, no hubieran comprendido semejante pretension. Sentíanse muy cerca del Dios cristiano para abandonar á

un hombre, cualquiera que fuese, el derecho de reinar en su lugar. ¿Cuál era, pues, el gobierno de la Iglesia primitiva? O se abusa de las palabras, ó es preciso reconocer en ella una gran democracia, una gran república de Estados confederados: los concilios representaban las antiguas asambleas del pueblo: los obispos eran los magistrados electivos de aquella república sagrada. Esta República tenia todos los inconvenientes de la vida, puesto que á la vez que fertilizaba el dogma, dejaba ancho campo á la variedad de opiniones: de aquí la multitud de herejías que señalan la fecundidad espiritual de aquella época. De cuando en cuando se pronuncia con respeto el nombre del obispo de Roma, pero no existe ningun indicio de obediencia particular. He aquí la primera forma de gobierno en la Iglesia.

En vez de un origen tan modesto, los historiadores os muestran al papado ocupando desde el principio un trono inmutable. Quieren ofuscar el espíritu con el espectáculo de una institucion que escapando á la ley del progreso, escaparía tambien á la ley de la decadencia. Elevan fuera del tiempo, en una ruina de Roma, la imagen de la eternidad visible; pero á poco que os acerqueis á esa imagen, advertireis que el tiempo, á quien debe su nacimiento, trabaja tambien por cambiarla: primer descubrimiento que os sorprende y os conduce á pensar que esa institucion, por extraordinaria que se la supon-

ga, puede tener al cabo el mismo fin que las demás.

He mostrado que interin se realiza la formacion del dogma, Roma carece de preponderancia; encontraba por todas partes maestros ó rivales cuando se trataba de pensar. Pero cuando se halla concluido el trabajo del espíritu, cuando no hay necesidad de producir, sino de conservar, no de crear, sino de recordar, comienza la mision del papado: entra éste en una época en que la autoridad va á sus manos por la fuerza misma de las cosas. Nadie reside en Roma sin sentirse superior á sí mismo. Aunque pertenecierais á la condicion más humilde, seriais allí, á cada paso que diéseis, el centro viviente de un mundo, el rey de un pasado sin límites. ¡Qué no será, pues, de una institucion arrojada en ese mundo! Tomará por sí misma la forma de esta inmensidad.

Sin la invasion de los bárbaros nunca habria conseguido el papado enseñorearse tan fácilmente del mundo. Si la sociedad antigua no se hubiera trasformado, habria habido mucha igualdad intelectual para que ningun lugar se atribuyera un poder soberano sobre los otros. Jamás Grecia hubiera cedido á Italia. Pero entre los bárbaros y Roma era tan prodigiosa la diferencia de espíritu, que debia á la larga legitimar todas las pretensiones de la última. Cuando las invasiones lo trastornaron todo, hubo un punto que, conservándose luminoso, sirvió para

rehacer el mundo. En esa época ve el papado dilatarse sus horizontes, y no hay nada tan bello como contemplar en aquel momento un poder al que todo cede sin emplear ningún esfuerzo violento. Conténtase con negar al patriarca de Constantinopla el título de obispo universal, pero aun no se lo atribuye á sí mismo. En la ruina de los antiguos elementos de sociabilidad, sobrenada como un arca de alianza: edad de fuerza, de modestia, admirablemente personificada por Gregorio I. Es este quien cierra lo que llamaré de buen grado la época de santidad del papado. Las obras morales de San Gregorio tienen poco brillo y aun menos originalidad; pero en medio de las violencias merovingias es imposible no ser tocado de veneración hácia tanta placidez. Sin declarar abiertamente su ambición, los papas sienten que el porvenir les pertenece, que no necesitan hacer nada para precipitarlo. Resplandece en su lenguaje, en sus epístolas, en sus homilias, cierta alegría interior, cierta serenidad extraordinaria; ellos solos parecen sonreír cuando el resto del mundo se anega en sangre; habitan una región infinitamente superior á aquella en que se desgarró la sociedad política y civil; reinan y merecen reinar.

Volved la página; el cuadro cambia por completo. ¿Dónde está la Iglesia en los siglos noveno y décimo? Parece hundida para siempre. Después de resistir á la barbarie, déjase invadir por ella. En el primer choque pierde lo más pu-

ro de su pensamiento. Educa á los francos y vándalos, pero se abate á su nivel: establécese una igualdad espantosa entre el sacerdote y el lego. Trocando el candor de los tiempos primitivos por la astucia de la barbarie, la Iglesia se forja en silencio falsos títulos, falsas donaciones, una legislación falsa, cuyo secreto no será reconocido hasta seis siglos después; piérdese la superioridad moral y se la reemplaza con decretos fraudulentos. Enfrente de esa Iglesia mistificadora, los reyes cabelludos que se habían prosternado, se hierguen con espantosa ironía. ¡Fenómeno extraño ese sarcasmo del siglo noveno en boca de un rey anglo-sajón! En la Santa Sede se ven representados todos los desórdenes con tal audacia que solo los cronistas de la Edad-media pueden referirlos.

Prescindamos de esos papas, Juan XII, Juan XIII, Benito VII, Juan XV, verdaderos Hellogábalos de la Santa Sede. Hijos de papas, hijos adulterinos, ponen el papado á subasta; entregan las cruces de oro, los cálices de Cristo á sus concubinas, y ordenan á los diáconos en las cuadras de sus caballos. ¿En qué se ha convertido la Santa Iglesia de Roma? Las mugeres romanas, según el dicho de un testigo contemporáneo, no se atrevían á entrar allí temiendo los vicios y la impudicia de los soberanos pontífices. El emperador se ve obligado á acercarse desde las fronteras de la barbarie, para restablecer alguna dignidad en semejante caos.

¿Por qué es necesario repetir estas cosas? ¿Es para aprovecharse de tantas miserias? Por el contrario, es para mostrar el poderoso resorte oculto en esa institucion, puesto que cuando se la cree manchada, deshonrada para siempre, es cuando alcanza su más alto grado de esplendor. Acabamos de dejarla en el lodo, vamos á encontrarla en el cielo. Abandonamos las saturnales del papado en el siglo X, y nos hallamos enfrente de las austeridades de Gregorio VII.

Para levantar instantáneamente á la Iglesia, caída en el fango, este héroe, Gregorio VII, necesitaba un gran principio que legitimase todo lo que queria intentar; y no puede ménos de causar extrañeza el que nadie, en el clero, diga nada de ese primer fundamento de su autoridad: se reivindicán todas su pretensiones, excepto la única que dá á las demás una sancion irresistible. No ignoraba yo que debia de haber en aquella grande alma un sentimiento, una idea particular que le sirviera de palanca para remover el mundo. Buscando esta palanca, la he encontrado, y en verdad, el descubrimiento no era difícil, puesto que él mismo expresa cual es en su lenguaje lapidario. Es inmensa la autoridad que pidió para sí mismo y sus sucesores: ser rey del pensamiento, trasladar como le pluguiese la autoridad, las coronas, la propiedad, y esto sin admitir oposicion ni réplica. Y sin embargo, me comprometo á reconocer ese poder inmenso y á desistir de toda discusion, si la Santa Sede cum-

ple sin intervalo la condicion establecida por Gregorio VII. «Todo papa, dice, debe ser un santo.» *Quod romanus pontifex efficitur omnino sanctus.* ¿Cómo no han visto los filósofos esta idea en el fondo del alma de Gregorio VII? Todo su sistema se deriva de ella.

En efecto, el espíritu mismo de la Santa Sede supone en el que la ocupa, la necesidad de la perfeccion moral. No es una monarquía como cualquiera otra, que fundada por los hombres, lleva en la frente sus debilidades. Si quereis que reconozca sin exámen la representacion permanente de la divinidad en la Santa Sede, si quereis legitimar en todos los instantes de su duracion una institucion tan extraordinaria, es necesario, como lo decreta Gregorio VII, que me mostreis sin interrupcion en el trono de Dios una sancion igualmente extraordinaria, una *dinastia de santos, omnino santus*: con esta condicion, á este precio, el mundo aceptará lo que se le quiere imponer. Para ejercer la omnipotencia moral en la tierra, no basta que otros, en tiempos anteriores, hayan sido sublimes, es necesario que veamos brillar igual aureola en torno de vuestra frente, y como pedís una sumision no interrumpida del espíritu, es preciso que se ejerza por vosotros mismos esa autoridad no interrumpida de un alma viviente. No me digais que Gregorio, Leon, Urbano, Inocencio y tantos otros, á quienes al ménos pedís prestados los nombres, fueron santos, hace mil años; es

menester que hoy tambien lo seais vosotros, para que todo el mundo moral caiga sin oposicion de rodillas á vuestras plantas.

Esta idea no es tan sólo el fondo del alma de Gregorio VII; es tambien la que presidió al establecimiento de la Santa Sede, y le dió, en su origen, la fuerza de producirse y vigorizarse. Leed los nombres de los cincuenta primeros papas, es decir de los que sostienen el edificio; son todos santos, héroes del mundo moral. Con esto veis que compromiso contrajo el papado y á que título le aceptó la tierra en sus comienzos. El principio del contrato social entre la Santa Sede y el mundo es la santidad. Suprimidla, toda sancion desaparece. ¿Porqué despues de cincuenta nombres la lista parece como agotada? No concedo un solo momento de desfallecimiento ni de reposo á una institucion que debe eternamente representar á Dios; porque dígase lo que se quiera, nunca el mundo consentirá facilmente que el Vicario de Cristo pueda ser un loco, un libertino, ó siquiera un alma vulgar. Podemos ver sin protesta hombres vulgares y criminales en los tronos humanos; los entregamos al juicio de la posteridad y esto mismo responde á la debilidad de nuestra naturaleza. Pero en la Santa Sede es otra cosa; no comprendemos en ella sino á los santos y á los héroes del género humano. Direis que soy muy exigente, ¿pero nó lo sois mucho más vosotros que pretendéis ocupar sin hacer nada el trono mismo de Dios?

Bajo cierto punto de vista, Gregorio VII es el Napoleon de la Iglesia: llevó á cabo el 18 brumario del catolicismo, nueva revolucion en el gobierno espiritual que pretende no experimentar ninguna. La democracia de la Iglesia primitiva habia sido reemplazada por el feudalismo de los obispos; rómpese el poder de estos barones de la Iglesia en las manos del monje Hildebrando, y queda un poder único, absoluto, infalible. Gregorio VII tiene, como Napoleon, sus Asambleas mudas, sombra de las antiguas deliberaciones. Hay la misma diferencia entre los concilios de Nicea y los de Roma que entre la Constituyente y el Cuerpo legislativo.

Cuando se leen las epístolas de aquel gran emperador de la Iglesia, se ve que su gran corazon se desgarraba de continuo por la situacion de la cristiandad y por los obstáculos terribles que encontraba para su reforma en los señores del clero. Quebrantando la soberania de los barones espirituales, volvió á entrar en la antigua igualdad de la Iglesia primitiva; esto hizo su victoria legítima y posible. ¡Cuántas veces no acaeció que en los momentos de peligro, el gran pueblo de la Iglesia tornaba los ojos á Gregorio VII, como si este hubiera absorbido en sí toda la cristiandad! De igual suerte, el mundo creia ver en Napoleon la imágen viva de la democracia: el capuchon de estameña cubrió al usurpador de la Iglesia, como el re-

dingote gris al usurpador de la Revolucion. Pero ¿quién sería hoy tan obstinado que pretendiese eternizar el absolutismo de San Pedro sin el alma y las cartas de Gregorio VII? Sería mas fácil eternizar el Imperio sin Marengo y el Emperador.

Ved, por otra parte, que fin tuvo aquel grande hombre, y porque, legítima en su tiempo, su ambicion no es bastante grande para los nuestros. Estudiando los escritos de Gregorio VII, llegareis al resultado de que si pensó de vez en cuando en las miserias de los pueblos, se contentó con asegurar los derechos y la libertad del sacerdote. Trazar en la humanidad, en medio de la obra continua de la violencia, un círculo de llamas en que la fuerza ciega no penetrase nunca; hacer del sacerdocio una raza sagrada, un pueblo de elejidos, un refugio inmune, una condicion independiente al abrigo de las pasiones de los reyes, de los príncipes, de los barones: el orgullo de esta idea asombraba al siglo oncenno; se necesitó un corazon de fuego y de bronce para llegar hasta ella. A los ojos de Gregorio VII, la sociedad, la humanidad real es la Iglesia; el ciudadano es el sacerdote; lo demas es una sombra. He aquí porque no reclama nada, propiamente hablando, sino la constitucion de los derechos, la libertad del hombre de Iglesia. Hiérguese sobre la cumbre del edificio social, tal como lo comprende, y su divisa que contiene todo su sistema, es la siguiente:

te: no toqueis á mis sacercotes, á mis Cristos. *Nolite tangere Cristos meos*. A vece añade: el que los toca, toca á la pupila de mis ojos: *qui vos tangit, tangit pupilam oculi mei*. Todas sus empresas tienen por resultado establecer garantías absolutas en provecho de esa sociedad particular que se llama el clero; es preciso que los poderosos de la tierra sepan lo que es un sacerdote, *cuanti vos estis*; lo que puede, *quid potestis*; y que el mundo se someta á su voluntad.

¡Espectáculo nuevo el de un alma que sangra en secreto á cada herida del sacerdote en toda la extension de la cristiandad! Del fondo de Hungría ó de Inglaterra, la inquietud, la queja, la angustia, el menor suspiro del hombre de Iglesia va á resonar en el corazon de Gregorio VII. Apesar de esto, si se pregunta á la Iglesia porque este sistema es ineficaz, porque el mundo no quiere volver á él, crée que acusamos á Gregorio VII de exceso de ambicion, cuando, por el contrario, su pensamiento no nos parece bastante grande.

El más humilde de nosotros es hoy más ambicioso que Hildebrando; porque lo que este pedía para sus sacerdotes como un privilegio, lo reclamamos nosotros para todos como un derecho. Queremos que no tan sólo el diácono ó el obispo, sino toda creatura humana, y la mujer lo mismo que el hombre, esté rodeada de un círculo sagrado que no pueda franquear la violencia

de los príncipes y reyes en lo temporal ni en lo espiritual. Queremos que la casa, la propiedad, se hallen guardadas de toda ofensa por un arcángel, como el monasterio de la Edad-media, y llamamos á esto las garantías de la libertad individual. No toqueis á mis Cristos, *nolite tangere Cristos meos*, aplicamos estas palabras á toda persona moral: Gregorio VII sentia la sociedad viviente en el clero; nosotros en toda la humanidad: Gregorio VII no reclamaba sino la libertad de la Iglesia *pro libertate Ecclesie*, y nosotros reclamamos en nuestro espíritu la libertad del mundo. He aquí porque á la vez que admiramos á Gregorio VII, no podemos retroceder hasta él.

Quizás os asombrareis si digo que Gregorio VII, el hombre de Dios, *vir Dei*, es un antecesor de la Revolucion francesa; sin embargo, bajo ciertas relaciones, esto es evidente. En su lucha con los poderes políticos, en sus instrucciones á sus soldados espirituales, especie de proclamas que preceden á la batalla, no da á las monarquías de la tierra otro origen que la violencia, el crimen, el engaño. ¿Quién no sabe, dice á sus obispos, (1) que la autoridad de los reyes y de los jefes de los Estados proviene de que, ignorantes de Dios, entregados al orgullo, á la codicia sin freno, han pretendido con auxilio del príncipe del mal dominar á sus iguales, es decir, á los

(1) Epist. ad Herimannum episcopum.

hombres, por la insolencia, las rapiñas, la perfidia, los homicidios, casi, en fin, mediante todo linaje de crímenes? Son estas, palabra por palabra, las expresiones de que se servia el tercer Estado, en el ardor de su primera etapa, en el 89, y más tarde los Montañeses, marchando al asalto de la monarquía absoluta. La semejanza en los términos es tan extraordinaria que se diría que han pasado literalmente de las bulas del siglo XI el alma de la Convencion. Es cierto, efectivamente, que queriendo quebrantar la sociedad láica por la sociedad espiritual, Gregorio VII imprimió el primer movimiento revolucionario al mundo.

Un biógrafo contemporáneo, un pobre monje, interrúmpese refiriendo los anatemas del papa, la miseria del emperador arrodillado, descalzo, en camisa, al pié de las ventanas del pontífice, y se formula esta cuestion profética. ¿Quién sabe! ¿acaso se engañan el papa y el emperador, la Iglesia y el Estado? *Quid ergo! numquid errat uterque?* Ejemplo raro, casi único de como se siembran y se forman las revoluciones humanas. No es al principio sino una pregunta, una opinion tímida, un gérmen extraviado por la tempestad en el fondo del alma de un solitario. Los muros de la celda guardan este pensamiento imprudente que muere con el monje; pero pasan los siglos, y llega un momento en que todo el mundo repite á la vez la misma pregunta. ¿Se engañarán acaso la Iglesia y la Monar-

quía? *Numquid errat uterque?* Una voz anónima, que es la voz de un gran pueblo, contesta: Sí. Entónces la época iniciada oscuramente en el pensamiento de un monje, brilla y se consuma en la Asamblea constituyente y en la Convencion.

Remontándose de un sólo vuelo al espíritu del cristianismo primitivo, Gregorio VII sintió que llevaba en sí la conciencia de la Edad-media: de esto era consecuencia natural el entredicho, la excomunion que arrancaba á los emperadores sus Estados. En el mundo cristiano, los poderes políticos están fundados en el espíritu: es preciso que haya en alguna parte una autoridad superior que los quite y que los dé en nombre del pensamiento. Agrádame ver á ese grande hombre, con los ojos fijos en la monarquía espiritual, ejerciendo un terror moral sobre las monarquías políticas á medida que se separan de su ideal. Cuando el alma de los pueblos estaba adormecida, cuando hallábanse separados unos de otros por barreras infranqueables, urgía que una persona moral fuese la conciencia viva del mundo del espíritu. En este momento de organización bárbara, la conciencia de cada pueblo está, por decirlo así, fuera de sí misma, pero al ménos existe en alguna parte, vive en el Vaticano. Mientras que el paisano se halla inclinado hácia la gleba y el campesino ocupado por completo en su miseria presente, hay en la tierra un hombre, que con mirada de águila discernirne, sigue los proyectos del emperador, del rey,

de los nobles, del obispo; á veces advierte á los reyes, porque sabe lo que pasa en el fondo de su espíritu. Con esa luz del alma vé á través del espesor de las murallas, de los torreones, de las iglesias; agita, blande sobre el mundo el espanto de la muerte espiritual que frecuentemente conduce á la muerte física.

Ningun libro da idea exacta de ese sistema ni de ese hombre: imaginaos un terrorismo moral, un 93 espiritual que mantiene el anatema constantemente suspendido sobre las almas de los sospechosos. Puede decirse que el cadalso de los revolucionarios moderdos es poca cosa en comparacion de la excomunion que lanzaba al hombre fuera del gremio de la humanidad y de Dios, en este mundo y en el otro. Abriase un abismo en que el más bravo no sabia á donde agarrarse: retirábase de él la tierra y el cielo: tan sólo el infierno subsistía. Así, mientras no es raro ver que los hombres corran con alegría hácia el cadalso, no se habla de nadie que haya podido sostener hasta el fin, sin temblar, el entredicho de Gregorio VII. Segun las leyendas, la llama de los arcángeles se encendía sobre su cabeza.

Lo que caracteriza á ese génio completamente nuevo en el mundo, es que, quitando las coronas á los reyes, no duda ni un momento del derecho que le asiste para despojarlos. Su pueblo, á quien falta la vida moral, no cree como él en ese privilegio del alma: Gregorio VII

se queja de la cobardía de sus obispos, semejantes, dice, á perros que no osan ladrar delante del lobo.

¿De dónde proviene la fuerza de Gregorio VII? De esa idea, verdadera en sí, que en el mundo moderno, la autoridad descansa en la conciencia; que las coronas, los cetros, la nobleza, los feudos, son propiedad del espíritu; que únicamente al espíritu pertenece arrebatarse las coronas, confirmar ó destituir á los duques, reyes, emperadores y demás señores de la tierra. Mas no bastaba que Gregorio VII llevase en sí esta idea esencialmente revolucionaria; era menester que se sintiese personalmente con el derecho de ejercerla: ahora bien, tenía ese derecho por la santidad del corazón y el heroísmo del espíritu. Sabía, sentía que habitaba un mundo mejor que la sociedad de su tiempo. Sin vacilar, extrae de su conciencia una de esas cóleras de Dios, *iram Dei*, uno de esos rayos de fuego que todo el mundo conocía; lánzalo á la frente de los reyes, y todo se extremece: el golpe caía de lo alto: el mundo de la fuerza buscaba su título en la inteligencia. Apoyábase Hildebrando en el derecho del pensamiento, en cuyo sentido puede decirse que se anticipó al porvenir. Estableció el derecho cristiano por fundamento del derecho político, he aquí su grandeza. Se había hablado anteriormente del celibato del clero, se había intentado abatir el feudalismo episcopal; pero constituir al espí-

ritu como soberano y á todos los demás poderes como vasallos suyos, es decir, empezar á realizar en el mundo político la ciudad del Evangelio, nadie lo había imaginado todavía.

¿Queréis saber porqué desde el fin de la Edad-media no ois hablar de entredichos lanzados á la frente de los jefes de las sociedades modernas? ¿Nó hay desde hace tres siglos emperadores rebeldes ó heréticos, malos reyes, gobiernos inferiores á su misión? ¿Y quién, sin embargo, ha oído decir que ningun papa haya quitado de hecho, á nadie el cetro ó la corona desde la Edad-media? Se cree que si el alma de Gregorio VII viviese aun en alguna parte, si siquiera se conservase de ella una sombra, una chispa, ¿cómo el entredicho del fuego, el de la sal y del agua no hubiera pedido cuenta de Polonia al emperador de Rusia, de Irlanda al gobierno inglés, y de tantos torrentes de sangre á la monarquía de España? La iglesia se obstina en continuar creyendo en el principio de Gregorio VII; pero ya no se siente en su interior con el derecho moral de desposeer á los fuertes. No está bastante segura de representar la conciencia del Universo, para encargarse espontáneamente de las represalias de la Providencia, con la seguridad de que su juicio será ejecutado. La palabra de vida y de muerte vacila y tiembla en los labios del papa moderno, no vibra en el corazón del atleta de Dios, *Athleta Dei*, como una flecha que mata, no parte ya de la cumbre del

mundo moral. Sin confesarlo, el papado comienza á apercibirse de que el poder de pronunciar juicios inapelables sobre imperios y dinastías ha pasado á otras manos, y que ya no le pertenece.

Desde el sueño en que la Iglesia cayó á fines de la Edad-media ¿qué ha sucedido? Que los jefes de los Estados políticos se han aprovechado de ese decaimiento del espíritu para establecer su legitimidad sobre la violencia, la conquista. El hecho se convirtió por todas partes en derecho. Entonces, contrariamente á la idea de Gregorio VII. consideróse todo principado temporal como sagrado é inalienable. La teoría del derecho divino adherido á cada corona, data de la decadencia de la Iglesia. Haber poseído un momento la corona pareció una razon divina para poseerla siempre. Cuando la Iglesia hubo perdido la fuerza de desposeer á las dinastías, naturalmente todo hijo de rey ó de príncipe se creyó señor de su herencia por toda la eternidad. El poder que en nombre de Dios habia ejercido el derecho de dar y quitar el imperio, la propiedad, la nobleza, las tierras, renunciaba á esta autoridad. Los pueblos, los reyes, los emperadores, desembarazados de su único temor, miraron en torno suyo; no vieron que nada reemplazase á la autoridad moral que los dominaba; estimaron que ningun anatema podria alcanzarles, y establecióse sin contradiccion la época de la monarquía absoluta. Cesando de ser vasallos de Dios, los soberanos creyeron que eran propietarios inalienables de

los pueblos y coronas. Pero Dios debia atajarlos por un camino en que no pensaban.

En efecto, el derecho de anatema es inherente á la constitucion del mundo cristiano, no puede desaparecer de él. Escrito en el fondo de todas las nuevas constituciones, es idéntico al grito de la conciencia. Desde que el pasado se despojó de él en realidad, era inevitable que la conciencia moral se manifestase bajo otra forma.

Estas pocas palabras encierran la necesidad y el espíritu de todas las revoluciones modernas: desde que el papado no tiene el valor de pronunciar la excomunion política y el destronamiento de los soberanos, los pueblos se han visto obligados á hacerlo en su lugar. ¿Qué son todas las Revoluciones de los tres últimos siglos sino un anatema salido del fondo de la conciencia de la humanidad? Inglaterra, América, Francia, España, Grecia, han lanzado cada una á su vez una de esas palabras de fuego que otras veces no salian sino del alma de Gregorio VII. Unas despues de otras, estas sociedades han comprendido lo que habia presentido el primero, á saber, que las dinastías, los imperios, las monarquías, las noblezas, los principados, los ducados, los marquesados y los condados, *imperia, regna, principatus, ducatus, marchias, comitatus*, no son sino feudos del espíritu, y que el espíritu, retirándose de ellos, suprime todos sus títulos.

En cada una de estas revoluciones, después del grito lanzado por la conciencia pública, vese á los antiguos poderes absolutos condenados por una fuerza sobrehumana, despojarse por sí mismos, descender de las alturas, y venir descalzos y con la cabeza baja á pasar los tres días de prueba, de rodillas, bajo las ventanas de las naciones nuevas, como el emperador Enrique IV bajo las ventanas de Gregorio VII. Apenas ha salido el anatema de una boca, cuando todas lo repiten, y el que es objeto de él, aunque esté rodeado de un ejército, siente que toda su fuerza se vuelve en contra suya; se le niega el pan y el agua. ¿No lo habeis visto hace quince años? ¿Tengo necesidad de decir más? Ya sabeis si es pesada sobre la cabeza de un príncipe la excomunion salida de la boca de un pueblo.

Así, por un lado, mientras la Iglesia condujo al mundo, su gobierno experimentó las revoluciones de la vida: democracia, aristocracia, monarquía, atravesó diferentes fases. Por otro lado, el poder de atar y de desatar los imperios ha pasado de una mano á otra, y estos cambios se han verificado para que el plan del cristianismo entre cada vez más profundamente en el mundo político y real. Seguramente la revolución francesa no pensaba cumplir engrandeciéndola la idea de Gregorio VII; y sin embargo, no hizo otra cosa cuando establecía un derecho superior á la posesion secular de la autoridad, de la nobleza, de la corona. El régimen del terror

que el gran Pontífice impuso á la Edad-media, pudo muy bien volverse por un momento contra sus designios, impidiéndole realizarlos en la forma que él queria darles, pero el principio de su política sagrada no ha dejado de crecer y de levantarse en la conciencia del mundo moderno. Sucede lo mismo con ese terror que se une al nombre de la revolucion francesa. Sus anatemas sangrientos han podido hacer que retroceda de espanto una parte del mundo; pero esto no impedirá que el derecho del Evangelio, reservado la principio al sacerdote, extendido más tarde al género humano, se consuma un día bajo forma que no ha sido dado prever ni al papa del siglo oncenno ni á la Revolucion del siglo diez y nueve.
